



## CAPÍTULO PRIMERO

*Una corazonada.*

Calle de los Enfants-Rouges, en el barrio del Temple.

Una calle estrecha como una alcantarilla, con arroyos estancados, charcos



negros de lodo, fuertes olores á moho y al agua sucia que sale de los patios vecinos.

A cada lado, casas muy altas, con ventanas de cuartel; los vidrios empañados y sin cortinas; habitaciones de trabajadores, hospedajes de obreros, posadas de albañiles y cuartos para dormir.

En los pisos bajos, tiendas.

Muchas salchicherías, tabernas, vendedores de castañas, ultramarinos, tahonas de pan de munición y una carnicería con carnes violadas y amarillas.

Nada de atractivos: en la calle, ni un coche; ni un paseante en las aceras; pero en cambio, muchos revendedores de verduras gritando los desperdicios de los mercados, y un tropel de obreros saliendo de las fábricas con las blusas arrolladas bajo el brazo.

Es el ocho del mes, día en que los pobres pagan sus alquileres, ó en que los propietarios, sin más contemplaciones, les plantan con su miseria de patitas en la calle.

Es el día en que se ven pasar muchos carrillos de mano, con camas de hierro

cojas, mesas perniquebradas, unas y otras con las patas al aire y amontonadas entre colchones despanzurrados y trastos de cocina.



¡Ni un puñado de paja para embalar esos míseros muebles, estropeados, doloridos, cansados de bajar las grasientas escaleras y de rodar de las buhardillas á los sótanos y de los sótanos á las buhardillas!



La noche cae.

Uno á uno, los mecheros de gas se encienden y reflejan su luz en los arroyos y en los escaparates de las tiendas.



La niebla es fría.

Los transeuntes apresuran el paso.

Junto al mostrador de una tienda de vinos, en una buena sala bien caliente, el padre Louveau empina el codo con un carpintero de La Villette.

Su enorme cara de honrado marinero, coloradota y plebeya, se ensancha en una larga risa que hace bailar los pendientes de sus orejas.



—Negocio hecho, padre Dubac; me compráis el cargamento de madera en el precio que he dicho.

—Conformes.

—¡A vuestra salud!

—¡A la vuestra!



Chocan los vasos, y el padre Louveau bebe, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos medio cerrados y chasqueando la lengua para gustar mejor su vino blanco.

¡Qué queréis! Nadie es perfecto, y el vino blanco es la debilidad del padre Louveau.

No es que él sea un borracho; ¡nadá de eso! *La parienta*, que es "una mujer de seso," no toleraría semejante desorden; pero cuando se vive como el marinero, con los pies en el agua y la cabeza al sol, es preciso apurar una copa de cuando en cuando.

El padre Louveau, cada vez más alegre, sonríe junto al mostrador de cinc, que ve como al través de una niebla, haciéndole soñar en la pila de relucientes escudos que se embolsará al otro día al entregar su cargamento de madera.

Otro último apretón de manos, otra última copa, y se separan.

—¿Hasta mañana sin falta?

—Contad conmigo.

Seguramente que el padre Louveau no

faltará á la cita; la venta ha sido buena y redonda para que él se retrase.

El feliz marinero se encamina hacia el Sena, contoneándose, cantando, atropellando á la gente con la desbordante ale-



gría del colegial que lleva una buena calificación en el bolsillo.

¿Qué dirá la madre Louveau, «la mujer de seso,» cuando sepa que su hombre ha vendido la madera al primer golpe y que ha hecho un soberbio negocio?

Una ó dos ventas más como la que aca-



ba de cerrar el trato, y ya puede comprar un barco nuevo que reemplace á *La Bella Nivernes*, la cual principia á hacer agua.

No es esto un reproche, no; porque *La Bella Nivernes* fué un arrogante barco en su juventud; pero ahora... ¡ahí le tenéis!... todo podrido, todo viejo.

El mismo padre Louveau comprende que no es tan ligero como en la época en que él era "grumetillo", en las almadías del Marne.

—Pero... ¿qué pasa allá abajo?

Las comadres se agolpan ante una puerta, se detienen y charlan, en tanto que un guardia de Orden público, de pie en medio del grupo, escribe en su cartera.

El marinero atraviesa la calzada por curiosidad, por imitar lo que hace todo el mundo.

—¿Qué hay?

Algún perro aplastado; algún coche que volcó; un borracho tendido en la mitad del arroyo; nada importante de fijo.

¡No! Es un niño sentado en una silla de

madera, con los cabellos desgreñados, las mejillas llenas de melote, frotándose los ojos con los puños.



Llora.

Las lágrimas que vierte han trazado caprichosos arabescos sobre su pobre carita, mal lavada.

Imperturbable y digno, como si inte-



rrogara á un criminal, el agente pregunta al monicaco y toma sus notas.

—¿Cómo te llamas?



—Vito.

—¿Víctor qué?

Ninguna respuesta.

El cominillo llora más fuerte, y grita:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Entonces una mujer que por allí pasaba, una mujer del pueblo, muy fea, muy sucia, arrastrando consigo á dos mucha-



chachos, sale de entre el grupo y dice al guardia:

—Dejadme á mí entendérmelas con él.

La mujer se arrodilla, quita los mocos al pequeñuelo, seca sus ojos y besa sus mejillas pringosas.



—¿Cómo se llama tu mamá, querido?

No lo sabe.

El guardia se dirige entonces á los vecinos.

—Vamos, vos, el portero, debe de conocer á esas gentes.

Nunca había sabido su nombre.

¡Pasan tantos inquilinos por la casa!

Todo lo que él podía decir es que habían vivido allí cosa de un mes, que jamás habían pagado un céntimo, que el casero acababa de echarles, y que eran unos famosos sinvergüenzas.

—¿En qué se ocupaban?

—En nada absolutamente.

El padre y la madre pasaban el día bebiendo y la noche pegándose.

Sólo estaban de acuerdo en zurrar la badana á sus hijos, dos muchachos que mendigaban en las calles y robaban las mercancías puestas de muestra en los comercios.

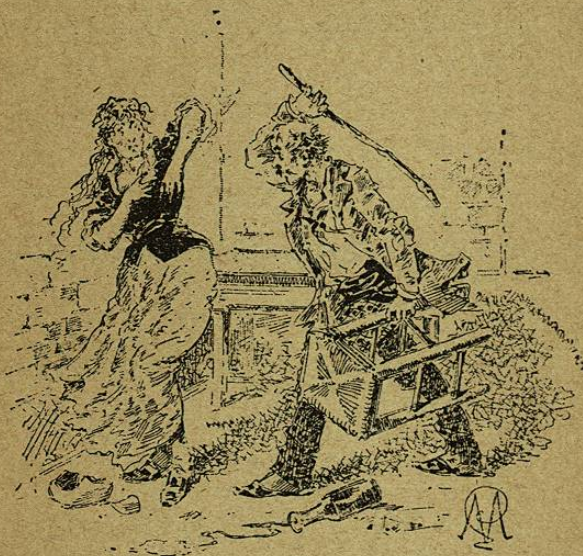
Una linda familia, como véis.

—¿Creeis que vendrán á buscar á su hijo?

—Seguramente que no.

Habian aprovechado la mudanza para deshacerse de él.

No era la vez primera que ocurrían



estas cosas al llegar los días del vencimiento de alquileres.

Entonces el agente preguntó:

—¿Nadie, pues, ha visto marchar á sus padres?



—Partieron poco después de las doce, no habían dado las doce y media todavía; el marido tirando de un carrito, la mujer con un paquete en su delantal, y los dos muchachos con las manos en los bolsillos.

¡Y ahora, atrápales!

Los transeuntes vociferaban indignados; después proseguían su camino.

¡Desgraciado pituso!

¡Estaba allí desde el medio día!

Su madre le había sentado en una silla, diciéndole:

—Sé bueno.

Luego la esperó.

Como gritaba de hambre, la frutera de enfrente le dió una tarta de dulce.

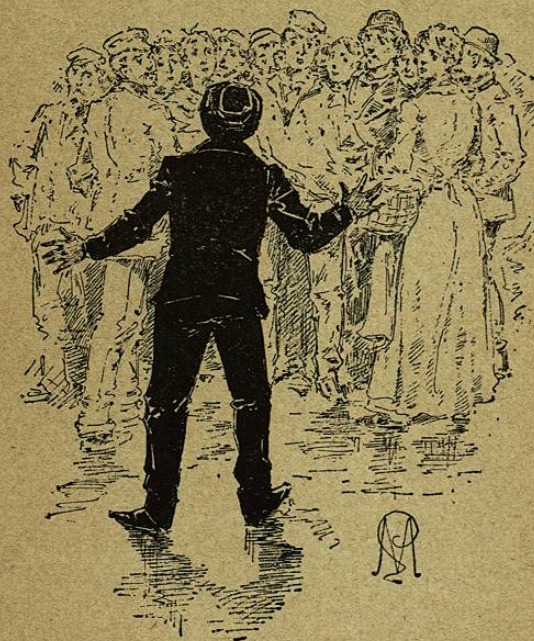
Pero la tarta se acabó en un decir Jesús, y el monicaco rompió á llorar.

¡La pobre criatura se moría de miedo!

Miedo de los perros que andaban á su alrededor; miedo de la noche que se venía encima; miedo de los desconocidos que le hablaban...

Su corazoncito latía apresuradamente en el pecho, como el de un pájaro que va á morir.

En torno suyo aumentaba la multitud, y el agente, aburrido, le cogió de la ma-



no para conducirlo á la Inspección de policía.

—Veamos: ¿nadie le reclama?



—¡Un instantel

Todos se volvieron y contemplaron un grande y bondadoso rostro, coloradote, que sonreía bestialmente hasta las orejas, adornadas con anillos de cobre.

—¡Un instantel Si nadie le quiere, yo le tomo, yo.

La muchedumbre prorrumpió en exclamaciones.

—Sea enhorabuena.

—Eso que hacéis está bien hecho.

—Sois un hombre honrado.

El padre Louveau, muy excitado por el vino blanco, por el éxito de la venta y por la aprobación general que provocaba, se cruzó de brazos en medio del corro, y exclamó:

—¡Y bien! ¿Qué? Todo esto es muy sencillo: no vale la pena.

Los curiosos le siguieron hasta casa del Comisario de policía, sin dejarle enfriar su entusiasmo.

Allí, según se acostumbraba en tales casos, se le hizo sufrir un interrogatorio.

—¿Vuestro nombre?

—Francisco Louveau, Sr. Comisario; de estado casado, y me atrevo á aña-

dir que bien casado, con “una mujer de mucho seso.”

„Y es una gran fortuna para mí, señor Comisario; porque yo no soy muy fuerte... no soy muy fuerte en... ¡hem, hem! ya lo estáis viendo; en fin, que no soy un águila. *Francisco no es un águila*, como dice mi mujer.»

Jamás había estado tan elocuente.

Tenía la lengua suelta y la satisfacción del hombre que viene de hacer una buena venta y de apurar una botella de vino blanco.

—¿Vuestra profesión?

—Marinero, Sr. Comisario; patrón de *La Bella Nivernesa*; un barco duro, montado con una tripulación algo engañosa.

„¡Ah, ah! ¡Famosa tripulación la mía!

„Preguntad, antes de nada, á los excluseros del otro lado del puente de Marie hasta Clamecy... ¿Conocéis á Clamecy, Sr. Comisario?»

Las gentes sonreían en torno suyo; el padre Louveau continuó mascullando, tragándose las sílabas.

—Clamecy es un bonito paraje; id, se-



ñor Comisario. Está poblado por todas partes; con hermosos bosques de excelente madera laborable; todos los carpinteros saben esto. Allí compro yo mis cortas. ¡Hem, hem! Yo soy célebre por mis cortas. ¡Tengo un ojo, que ya!... No es que yo sea fuerte de... Seguramente no soy un águila, como dice mi mujer, pero, en fin, ¡tengo un golpe de vista!...

„Por ejemplo, yo tomo un árbol tan grueso como vos... salvo vuestro respeto, Sr. Comisario; le rodeo con una cuerda de este modo...»

Había echado mano al agente, á quien le arrollaba con un bramante que acababa de sacar de su bolsillo.

El guardia se resistía.

—Dejadme en paz.

—“¡Pero si... pero si es para hacer ver al Sr. Comisario!... Como iba diciendo, rodeo al árbol de este modo, y después, cuando tengo la medida, multiplico... multiplico... ¡No me puedo acordar por qué multiplico! ¡Si estuviera aquí mi mujer!... Ella es la que entiende de cálculos. ¡Ah! Mi mujer es una gran cabeza.»

La gente que estaba en el pasillo se

reía á mandíbula batiente, y el mismo Sr. Comisario se dignaba sonreír detrás de su mesa de escritorio.

Quando se hubo calmado un poco la



bulliciosa alegría, el Comisario preguntó:

—¿Qué haréis de este niño?

—Seguramente que no haré de él un rentista; jamás ha habido rentistas en mi familia; pero será marinero; un bravo